

piæ devotionis erudiamur affectu : Per Dominum nostrum...

rada Pelagia nos da una verdadera alegría, así experimentamos tambien el fervor de una santa devocion. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 5 de la de san Pablo á los Efesinos.

Videte, fratres, quomodo cautè ambuletis : non quasi insipientes, sed ut sapientes : redimentes tempus, quoniam dies mali sunt. Propterea nolite fieri imprudentes : sed intelligentes quæ sit voluntas Dei.

Hermanos, cuidad de caminar cautamente : no como ignorantes, sino como sabios, recordando el tiempo, porque los dias son malos. Por tanto, no seais imprudentes, sino entendid cuál sea la voluntad de Dios.

NOTA.

Por las suscripciones que se leen en los ejemplares griegos al fin de la epístola de san Pablo á los Efesinos, se infiere bastantemente que se escribió en la ciudad de Roma, y tambien porque en ella habla el Apóstol frecuentemente de sus cadenas. Pero como san Pablo estuvo dos veces preso en Roma, es muy probable que habla de la primera prision, especialmente por la circunstancia de haber sido portador de la carta el diácono Tiquiques.

REFLEXIONES.

Rescatando el tiempo, porque los dias son malos. Comprase el tiempo cuando se sacrifican la quietud, las conveniencias, los bienes y los gustos de esta vida para lograr tiempo de vacar al negocio de la propia salvacion, que es el único necesario de este mundo. Todo se conjura para robarnos un tiempo tan precioso, ó

por lo menos para hacérsenosle perder; nuestros amigos, nuestros enemigos, el cuidado del cuerpo, de los bienes, de los empleos y de los negocios. Estamos expuestos á mil peligros, á mil tentaciones, á mil escándalos. Nuestra aplicacion, nuestra ansia y nuestro gran negocio debe ser rescatar, conservar, ganar este tiempo tan precioso, que se nos huye con tanta rapidéz. No es nuestro el tiempo de esta vida; estamos en ella como extranjeros y como caminantes; aprovechémosnos de él con prudencia; gobernémosle con economía; rescatémosle á costa de todo lo demás. El tiempo perdido nunca vuelve; pero aprovechando bien el que nos resta, nos podemos resarcir de lo que se perdió en el pasado. Son pocos los que conocen cuanto vale el tiempo de esta vida. Pero ¿qué se hace de este precioso tiempo? Los mas no saben qué hacerse de él, y solo discurren el modo de perderle. Por eso, hay tantos ociosos, tantos empalagados con su misma ociosidad. No hay cosa mas larga que el tiempo para los que le inutilizan : no la hay mas pasajera ni mas veloz para los que le aprovechan. Contados están nuestros dias; en su corto número podemos labrar nuestra fortuna para el cielo y para la eternidad. ¡ Cosa verdaderamente extraña ! Esas mujeres profanas, cuya vida se reduce á una perpetua cadena de pasatiempos, de juegos, de diversiones y de ociosidad, no tienen otro tiempo para trabajar en su salvacion, que ese mismo que pierden. Cae alguna peligrosamente enferma, al punto se llama á toda prisa al confesor; se recurre á los santos sacramentos; se procuran atropelladamente aprovechar aquellos momentos fugitivos, con una razon y con una religion, digámoslo así, medio apagadas, y todo para solicitar la salvacion en aquel residuo de tiempo, habiéndose perdido miserablemente el de la vida muy descuidadamente, y con entera reflexion de querer perderle. El tiempo fu

turo no está en nuestra mano; está únicamente en las de Dios, que nos concedió el tiempo presente como un talento de que nos ha de pedir estrecha cuenta. No esperemos á conocer lo que vale el tiempo cuando ya sea inútil este conocimiento. Nuestra ansia por aprovecharle, bien debiera igualar á la velocidad con que corre. No hay mayor desconsuelo ni mayor desesperacion que el dolor de haber perdido el tiempo cuando ya el tiempo se huyó, y ya no hay mas tiempo para nosotros.

El evangelio es del capítulo 7 de san Lucas.

Ecce mulier, que erat in civitate peccatrix, ut cognovit quod Jesus accubisset in domo pharisæi, attulit alabastrum unguenti: et stans retrò secus pedes ejus, lacrymis cepit rigare pedes ejus, et capillis capitis sui tergebat, et osculabatur pedes ejus, et unguento ungebat.

En aquel tiempo: Hé aquí que una mujer, que era pecadora en la ciudad, luego que entendió que Jesus comia en casa del fariseo, tomó un alabastro de unguento; y estando detrás á sus piés, comenzó á regar con lágrimas los piés de Jesus, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, y los besaba, y los ungió con unguento.

MEDITACION.

DE LA NECESIDAD DE LA CONVERSION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es artículo de fe que Dios quiere sinceramente la conversion del pecador. No quiero la muerte eterna del pecador, dice el Señor por su Profeta; lo que quiero es que, convirtiéndose de todo corazon, y haciendo penitencia, viva eternamente en

el cielo: *Sed ut magis convertatur et vivat.* Gran consuelo es saber que verdaderamente quiere Dios mi conversion, y que, por grande pecador que sea, quiere absolutamente que me convierta. Por mas pecados que haya cometido, quiere Dios volverme á su amistad, restituirme á su gracia, perdonarme, y aun olvidar todos mis pecados, solo con que me convierta de veras. Para esto tengo necesidad de su gracia, y una gran gracia; pero él me la quiere dar, él me la ofrece, puesto que quiere mi conversion sinceramente. ¿Será posible que, estando en mi mano convertirme, solo yo no quiera mi conversion? Y es preciso que no la quiera, puesto que no me convierto. Dícese comunmente que bien quisiera uno convertirse; pero efectivamente no quiere el que dice quisiera. Quisiera hacerlo, si estuviera ya disgustado de aquella mala costumbre; quisíeralo, con tal que nada costase á la inclinacion y al amor propio; quisíeralo, como no fuera menester hacerse violencia, como se rompieran por sí mismas las cadenas que nos tienen aprisionados, como todo fuera fácil y allanado; pero mientras hay algo que vencer, solo se tiene una voluntad condicionada, una media voluntad. Quiérese uno convertir; pero imperfectamente, sin tener nada que sacrificar, y sin que nada le cueste; esto en buenos términos es no querer convertirse. De aquí nace el que se vean el día de hoy tan pocas conversiones, aunque hay tantas gentes con tan gran necesidad de convertirse, y que dicen que lo quieren. Esas medias voluntades entretienen y amodorrán al pecador, pero no le convierten.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que es muy corto el número de los que quieren sinceramente convertirse. En tratándose de convertirse perfectamente, se quiere, y no se quiere;

ni aun se sabe bien lo que se quiere; porque muchas veces nada menos se quiere que aquello mismo que mas se afecta querer. Eternamente andamos regateando con Dios; siempre se le retiene algo de lo que se prometió; siempre se consulta sobre lo que nos pide, y siempre se le disputan sus derechos, buscándose interpretaciones benignas para explicar en nuestro favor su voluntad. Mídense escrupulosamente todos los pasos, como si temiéramos empeñarnos demasiado. Ah, Señor, ¿y se procede con el mismo tiento cuando un hombre se pierde, entregándose libremente al mundo, á los pasatiempos, á la licencia de las costumbres, á los desórdenes y á la disolucion? ¿se teme entonces empeñarse demasadamente en el mundo, y en aquella infeliz carrera que conduce á la perdicion eterna? ¿Y será posible que por Dios y por la salvacion siempre se ha de creer que se hace demasiado, ó por lo menos que se hace bastante! Y bien, mi Dios, ¿qué es lo que tememos? ¿tememos entregarnos todos á vos demasadamente? y no cierto porque no estemos bien persuadidos á que esta dichosa entrega seria utilísima para nosotros; pero se rezela dar este paso, porque la tibieza de una desmayada fe debilita la confianza; desconfiamos mucho, porque os amamos poco. Se sentiria romper con todos los lazos que nos tienen aprisionados en el mundo, y por eso nos contentamos con hacer pedazos algunos. Pero la verdadera conversion no entiende de cobardes contemporizaciones, no da cuartel á esas irreligiosas partijas. Como Dios es su móvil, su único fin y su principio, todo se lo sacrifica, pasiones, amor propio, honra, intereses y vida. Hace pedazos las cadenas, reduce á cenizas todos los lazos que le aprisionaban a incendios del divino amor que anima, por decirlo así, toda conversion verdadera. No se da oídos á los gritos de las pasiones, ni á las costumbres mas

inveteradas, solo se presta atencion á la voz de Dios.

Dignaos, Señor, hacérmela percibir, pues estoy bien resuelto, mediante vuestra divina gracia, á oirla con docilidad. Ya no diré jamás: *Yo me convertiré*: la mudanza de mi vida, la reforma de mis costumbres y mi humilde penitencia os dirán de aqui adelante que por vuestra infinita misericordia estoy ya convertido.

JACULATORIAS.

Converte me, et convertar: quia tu Dominus Deus meus.
Jerem. 31.

Conviérteme, Señor, y me convertiré; porque tú eres mi Dios y mi Señor.

Converte nos, Deus salutaris noster, et averte iram tuam à nobis. Salm. 84.

Conviértenos, ó Dios Salvador nuestro, y aparta tu ira de nosotros.

PROPOSITOS.

1. No basta hacer bellos planes de conversion, si no se aplican medios seguros y eficaces para ponerlos por obra. Propósitos sin efecto son resoluciones vanas, que solo servirán para nuestra condenacion. La conversion sincera y eficaz es inseparable de la penitencia real y efectiva; los frutos de esta prueban la verdad de aquella. Conviértete desde este mismo dia, y desde luego haz frutos dignos de penitencia. Si tienes necesidad de una confesion general, comienza á disponerte para ella desde hoy, y no lo dilates para mañana. Si es menester romper algun lazo, huir de alguna ocasion, por aqui has de comenzar; desde hoy mismo has de dejar esa visita, esa conversacion, esa tertulia; así obra el que verdaderamente quiere convertirse.

2. Pero la conversion no solo pide cortar el mal; tambien requiere que se haga bien. Da principio por aquellos ejercicios de cristiano en que tanto te has descuidado hasta ahora : oir misa, rezar el rosario, visitar los altares, un poco de oracion, y otras ciertas devociones y buenas obras que te convienen mucho, sin olvidarte de visitar todas las tardes el Santisimo Sacramento. Esta es una de las mas provechosas devociones. Da tambien algunas muestras de tu particular devocion á la santisima Virgen : fuera del rosario que le debes rezar todos los dias, visita cada semana aquella iglesia ó aquella capilla en que es particularmente reverenciada.

DIA TREINTA Y UNO.

SAN QUINTIN, MÁRTIR.

Fué san Quintin hijo de un senador romano, llamado Zenon, muy conocido en Roma por sus grandes riquezas y por su valimiento con los emperadores. Aunque desde el nacimiento de la Iglesia en todas partes fueron los cristianos perseguidos bajo la dominacion de mas de treinta emperadores paganos, no dejó de florecer el cristianismo en todas ellas, particularmente en aquella capital del imperio donde se aumentaba cada dia el número de los cristianos, acreditando que la sangre de los mártires era fecunda semilla de los verdaderos fieles. No se sabe á punto fijo el tiempo en que san Quintin se convirtió á la fe; pero es probable que fué hácia el fin del pontificado de san Eutiquiano, á quien sucedió san Cayo; conquista ilustre que añadió mucho esplendor á la Iglesia. Era Quintin

T. 10.

P. 758.



S. QUINTIN, M.